

Sección de Notas

LUDWIG ZELLER, POETA MAGICO

Conocí a Ludwig Zeller en Santiago de Chile, allá por 1940, ó quién sabe si un poco antes. Era, en aquel tiempo, un adolescente de extraña catadura y personalidad nada fácil de escudriñar. Sus ojos, que creo azules, acostumbrados como estaban a planear sobre los infiernos imaginarios de Baudelaire y de Rimbaud, habían llegado a adquirir un frío reflejo metálico que él cultivaba con amor de jardinero. Sin embargo, no era difícil descubrir detrás de aquella apariencia demoníaca una ternura casi evangélica y una honda aspiración moral que no encontraban, para expresarse en plenitud, otro inconveniente que su juventud, por aquel entonces excesiva.

Era ese Ludwig Zeller, que intento abocetar, de físico más bien menguado y muy cargado de espaldas. Siempre se le veía por el barrio de San Diego, que es donde se alinean aún, como en una feria alucinante, las librerías "de viejo" o de lance, es decir, las "boquine-ries" santiaguinas. Con cuatro libros en los bolsillos del envejecido gabán, tres bajo el brazo y uno literalmente pegado a la nariz, recorría la gran ciudad, inmerso en su mundo maravilloso, donde oficiaba de pontífice máximo el Conde de Lautreamont.

Nos conocimos en los azares de la intensa vida bohemia de aquellos días y surgió, así, una entrañable amistad, que perdura a pesar de la manifiesta divergencia de nuestros destinos. Recuerdo que en un viejo café, cercano a la Estación Mapocho, me contó una noche cómo la vocación lírica le había hecho saltar del Seminario al tráfago multitudinario del siglo. Otra vez lo vi desafiar, impertérrito, el escándalo burgués de las gentes con un gran paraguas, abierto bajo el sol de enero, que en aquellas latitudes es el mes clave del verano. En alguna ocasión, en la plaza Brasil, me habló de sus poemas, donde, bajo un satanismo más o menos epidérmico, latían una apasionada voluntad de renovar los gastados moldes de la palabra poética, aprovechando las valiosas experiencias del surrealismo y un fervoroso deseo de hacer de la poesía un instrumento mágico de la sabiduría esencial. A través de aquellos poemas, que leía con monorrítmica gravedad de salmodia, se adivinaba una dolorosa encuesta al destino y la huella de muchas noches junto al Viejo Testamento, al Libro de los Muertos, a las más antiguas teogonías.

Años después, ya maduro, se casó con Wera Zeller, delicada flor de los jardines centroeuropeos, con quien realizó trabajos de mucho aliento, entre otros una traducción de las "Grandes Elegías", de Hoelderlin, que la crítica trató con justicia, esto es, con entusiasmo. La antigua bohemia fue reemplazada por un hogar purísimo, que participa, a la vez, de las cualidades mejores de una casa pequeña burguesa, de un laboratorio y de un monasterio. Hijo de alemanes, Zeller ha heredado esa paciencia germánica que tan peregrina nos resulta a los latinos como yo y ustedes. Esto explicará su fabulosa memoria bibliográfica, sus pulcros ficheros, sus colecciones de grabados y sus carpetas, desbordantes de apuntes, traducciones, ensayos y poemas. En cuanto a su desempeño civil tengo entendido que todavía es Comisario de la Sala de Exposiciones del Ministerio de Educación Pública de Chile.

Este es, en breves y deshilvanados trazos, el poeta que acaba de enviarme, desde Santiago, su último libro, que lleva un título por demás sugerente: "Exodo y otras soledades". Amén de sus méritos intrínsecos, este volumen tiene otro no menos estimable. Constituye, en esencia, una antología de las obras que ha publicado desde 1950, tales como "Los elementos", ilustrado por Francisco Otta, que apareció en 1953; "Las marionetas", que datan del 57; "Sed sobre el cuerpo", ilustrado por Otta y Herrera y prologado por Dámaso Ogaz, que es uno de los poetas más serios de la joven generación chilena, y otros que vieron la luz pública en fascículos o revistas.

Me parece una buena idea ésta de antologar toda aquella labor, entre otras cosas porque Zeller, que además de bibliógrafo es bibliófilo —y de los temibles—, ha editado varias de aquellas obras en esas que llaman "ediciones privadas", las que raras veces trascienden el cerrado círculo de los íntimos. Ahora, su mensaje podrá sumarse al coro de esa joven poesía chilena, que ya tiene bastantes méritos como para considerarse legítima heredera de Vicente Huidobro, Pablo de Rokha, Pablo Neruda, Humberto Díaz-Casanueva, Rosamel del Valle, Julio Barrenechea y Juvencio Valle.

"Exodo y otras soledades", que dedica a su esposa en bellísima frase ("A Wera, estas imágenes hechas de polvo y sueño"), recogen, a veces íntegros, los textos de sus libros anteriores. La selección inicial es de la obra que da título a este volumen. El epígrafe escogido nos ofrece una llave segura para adentrarnos en la esencia de esta primera gavilla. Está tomada de Poe, y dice: "¿Estamos condenados a girar siempre en las tinieblas, sin alcanzar jamás las costas de la eternidad?"

Este mismo grito del alucinado de "Anabell Lee" quebranta la garganta de Zeller en "Exodo":

*... Otros fueron tus siervos, Señor: humo sobre el día
y llamarada en la noche, tu báculo de fiebre los guiaba.
Empero, ¿alzáronse ellos de las tumbas?
¿Vieron acaso tu ciudad? ¿Bebieron de tus aguas?
Solos estamos y el ojo excruta en vano
el corazón, la noche donde florecen los enigmas...*

Desdoblándose, mira desde un ángulo exterior a los de su estirpe,
a los sedientos de infinito y certidumbre, y dice con desaliento:

*... ellos se aprestan a morir en las llamas infinitas,
vuelos los ojos hacia adentro...*

Los gritos siguen restallando en la noche:

*... ¡Polvo y recuerdo nos persiguen!
... la lengua está pegada a las heridas,
ninguna agua logrará ya saciarnos...*

La impetración final cierra dignamente el doloroso tránsito de
estas estrofas:

*... Apártame de las cosas de este mundo,
aléjame de este valle en que giran cadáveres.
Divino, escucha a tu corazón, pues yo lo siento:
¡él llora en sueños!*

De un tono semejante es el poema intitulado "Del tiempo". El
sentimiento de las destrucciones inexorables sigue comunicando a su
voz ritmo de lenguaje profético:

*... ¿Qué se hicieron los míos, los que tú marchitaste,
los que yacen para siempre en el desierto?
¿Y aquéllos que tendían, interminablemente, tibios
hilos de arena?...*

Así, caminando a tientas, "mientras sopla el viento en calles que
no existen", se le sube a los labios la suprema petición:

*... déjame ser, entre aquellos que lloran, rien y se contemplan,
dulzura de los ojos que he adorado.*

El lenguaje de Zeller constituye un hermoso y logrado intento de
aproximación a los primitivos. Hombre de clara ascendencia román-
tica (y germánica, si hemos de ser precisos), su voz rehuye por sistema
la ordenación racional. Ella se nutre de vivencias depositadas más
abajo de los fáciles esquemas ideológicos. No se siente lograda sino
cuando la imagen estalla, desde el fondo, como una síntesis milagro-
sa de la emoción y aun de instintos crudamente primarios. Se dijera
que su aspiración máxima sería poder hablar en la lengua esencial
de los ritos totémicos, lejos de toda interferencia retórica. Como en
las viejas religiones, para él la palabra tiene virtualidades mágicas,
cuya eficacia habrá de lograrse agrupándolas en fórmulas de cábala;

repitiéndolas lentamente al oído del corazón. De allí la importancia que adquieren, en su verbo, los vocativos de intención mágica: “Divino”, “Oh, Resonante”, “Oh, Silenciosa”...

Esta misma voluntad de retorno a las fuentes del hombre ingenuo de los primeros días se reflejan en el paisaje de sus poemas. Ni la urbe moderna, ni el seco perfil del rascacielo, ni el infierno sonoro de las fábricas. Nada de eso. Sus personajes, febriles y como arrancados de un cuadro del Greco, vagan por desiertos bíblicos, ven a lo lejos la pira de los antiguos sacrificios, avistan en el horizonte los muros blancos de viejísimas ciudades. En “Piedra para soñar” dice a la desconocida que ama:

*... Tú, que fuiste vendida por llama en Babilonia
y cuyo recuerdo duele como una quemadura...*

A veces, en este mundo particularísimo, resuenan ecos modernos. Se trata de lejanas reminiscencias de poetas que coinciden, en lo esencial, con su propia postura. Así, en “Casa de Infancia”, presentimos la sombra de Humberto Díaz-Casanueva, especialmente el de “Vigilia por dentro”:

*... A veces me despierto y alguien llama en lo oscuro,
algo aletea en las cerradas tumbas, algo se marchita;
entonces puertas se abren y bajo a las tinieblas
en busca del fantasma que vigila los sueños...*

“Los elementos” fue un tomito de sólo cuatro poemas inspirado en la frase del oráculo de Delfos: “Escucha en el rumor los elementos... fuego... tierra... aire... agua... esencias de la vida, sutil sombra del alma.” Zeller ha tenido el buen criterio de reproducirlos todos, para no romper la unidad del conjunto. En “Fuego”, el acento recuerda el acento de los textos sagrados egipcios...

*Porque te he visto, porque te he esperado en la gran noche,
¡Oh, Resonante! ¡Verbo! ¡Príncipe de la Luz!
Tú esparcías hogueras en lo alto, tú devorabas
los antiguos soles de mirar cansado, llama-mujer,
sueta de la gran piedra negra...*

En “Tierra”, alcanza ese todo de los filósofos presocráticos, que antes que especular racionalmente parecían ser más bien instrumentos de extrañas revelaciones:

*... ánfora, valle natal para los poderosos,
encantada semilla, misteriosa, sedienta...*

“Aire” recuerda los mejores momentos de Mallarmé. Acaso su “tañedora del silencio”, cuando lo define así:

*Invisible laúd, diamante de los siglos,
¿quién desgrana los dedos en las cuerdas?
¿quién te llama en silencio?...*

El ánima, ya que no la forma, de Garcilaso fluye en "Agua":

*Eternamente os siento, puras, aladas, cristalinas lágrimas
del desear. Labios en movimiento. Amor inmóvil...*

Este poema, acaso el más logrado de aquella colección, corola bellamente:

*¿Escuchas? Solloza una mujer junto a la fuente.
¡Samaritanos, olvidemos las ánforas!
Sobre el astro de fiebre cae el agua.*

Zeller ha dedicado "Las marionetas" al poeta Rolando Toro, que cuenta también entre los buenos, aun cuando creo que no publica todavía. Este libro está dentro de una tónica limpiamente romántica:

*Veinte años he buscado los bruñidos
cristales, los puros, que vibraran
al rumor de las alas que acaricia el silencio,
los labios que entreabrieránse al lenguaje
de la Divina Imagen...*

("La abandonada a los espejos".)

*¿Volveremos tal vez? ¿Existen otras vidas
donde poder hallarte? ¡Ay! ¿Escuchas? Hilos tiran
de la mano que corta las espigas...*

("Arcano seis".)

"Sed sobre el cuerpo" es un solo poema y de los definitivos en la obra de Zeller. Ya cuando apareció por primera vez, en forma de fascículo, llamó la atención de los amigos de la buena poesía. Para medir la calidad de sus logros, que se suceden en jubilosa carrera de asombros, transcribiré sólo algunos:

*... ¿Qué viento mueve, oh, pura, la raíz de la sangre?
¿Qué mares entrechocan cuando
brilla en relámpagos tu cuerpo sobre el mármol...
... ¿Qué persiguen tus manos
cuando gimes en sueño?
... ¡Ah, tener tus manos y no conocerlas!...
... una playa pulida por los besos,
oigo llorar el mar...*

"El jardín de los deseos" es el cuarto libro antologado y responde a un loable afán de verter en odres nuevos el maravilloso fervor erótico de los viejos "divanes" árabes y persas. Al igual que "Sed sobre el cuerpo", los deslumbramientos de la vida elemental le arrancan, al mismo tiempo, alborozadas profesiones de fe y alaridos de la más desconsolada incertidumbre:

*... Mujer,
dime, ¿aún recuerdas el verdadero lugar,
el vacío perfecto donde florece la semilla de la sangre?...
... Pero, nosotros, ¿podremos decir "recuerdo"
cuando el rayo nos toca, y suceder "es", y el polen
es dispersado por las abejas ebrias del mediodía?*

*¿Qué, si no volveremos jamás, y la piedra es quemada
por los enigmas del cuadrante?...
... esa que sueña cuando las estrellas
caen hacia el Este y despierta llorando;
la que baila sonámbula en las ferias;
la que ama más allá del amor y sobrevive
entre estatuas de polvo;
la que ignora la fuerza y muere a filo de espada;
la que se entrega por amor, siendo eterna, a los efímeros;
aquella que es el enigma y la respuesta,
esa mujer...*

En "Exploración de la noche" alientos telúricos de la tierra chilena estremecen su verbo, comunicándole un nuevo acento, en el que ojalá insista alguna vez. Por ejemplo, el horror de los desiertos nortinos (o norteños, como dirían otros), le hace definir aquellos pueblos abandonados, aquellas tumbas de indios, aquellos caseríos castigados por el sol del día y las gélidas neblinas nocturnas, en esta frase exasperada:

*... pez de terror, llamas heladas, cántaros
desollados de sed...*

("Extranjero a la puerta de Tolopampa".)

Ese mismo hálito sonámbulo, jadeante del Neruda de las primeras "Residencias", sopla en este pasaje de "Sobre duros navíos":

*... labios comidos por la sal, el viento
mueve en la noche sus antenas, grita, baja
en plumas de nieve hasta la piel del agua
que parpadea, enciéndose, deslízase
en los ojos que vagan sobre el mar...*

Dentro de su estilo personalísimo, Zeller empalma con la tierra en estos poemas finales, los deja empaparse de ese flúido que se huele en todos los auténticos y anticipa hallazgos dignos de su honestidad literaria.

En resumen, "Exodo y otras soledades" es algo más que un libro hermoso, original y valiente. Es un libro necesario. Precisamente por esa su ardiente inquietud metafísica, por su dramática preocupación religiosa y por su afán de actualizar viejos procedimientos y palabras legendarias, incorporándolos al lenguaje vivo de nuestro tiempo, Zeller ha venido a completar la gamma tonal de la joven poesía chilena, en la que este tipo de desvelos no es frecuente. Un hecho de tal naturaleza no puede menos que alegrarnos, puesto que el mundo de habla española es uno, y no puede sernos indiferente cualquier paso positivo que alguien dé en su ámbito. Sobre todo si esto ocurre en un país cuyos aportes a la poesía castellana en los últimos treinta años son fundamentales.—DIMAS CORABIA.